

ALEJANDRO OTERO: REFERENCIAS

Lucía Pieretti

*(Este texto es parte de la tesis de grado de Lucía Pieretti: "El Museo de Bellas Artes y las vanguardias venezolanas en las décadas de 1950-1960". Universidad Central de Venezuela. Facultad de Humanidades, Escuela de Arte).
La versión que publicamos fue revisada y corregida por el artista.*

Cuando nos referimos a las vanguardias venezolanas, es imposible pasar por alto el nombre de Alejandro Otero, cuyas ideas de renovación, junto con sus compañeros de la Escuela de Artes Plásticas a partir de 1945, revolucionaron el arte en nuestro país, llevándolo al abstraccionismo como forma nueva de lenguaje.

Alejandro Otero nació en El Manteco, Edo. Bolívar, el 7 de marzo de 1921.

La comprensión de la obra de un artista es más difícil si indagamos sus vivencias infantiles: de allí, de los deslumbramientos y terrores, de las ternuras y angustias vividos en la infancia surgen claves capaces de esclarecer en gran parte su sentido.

El momento en que irrumpe el arte de Alejandro Otero coincide con el resurgimiento del arte abstracto como tendencia plástica mundial. Sin embargo, su obra obedece fundamentalmente a su propia vida.

En una entrevista realizada en la casa del artista el 18 de mayo de 1983, Alejandro Otero nos narró sus primeros recuerdos, referencias decisivas en su vida de creador: el sentimiento de soledad en la humilde casita que habitaba con su hermano y su mamá. El miedo que esta soledad le causaba, y al mismo tiempo su necesidad de ella para dialogar con la naturaleza y las cosas:

"... cuando llovía, salía a observar la lluvia: era como si alguien viniera a verme, como un encuentro importante. Estar solo era mi oportunidad de descubrir la elementalidad de los hechos naturales. Cuando caían las primeras lloviznas en aquel peladero de la laguna resquebrajada por la sequía, observaba cómo nacía la yerba y todo se tornaba verde: estaba seguro de verla crecer. Había un paralelismo entre esa elementalidad de los fenómenos y la de mi existencia inicial.

El sujeto era la vida sobre la tierra, el espectáculo de los acontecimientos naturales. Pero también había la relación con los demás, los hechos humanos . . .”

La pérdida de su padre, cuando apenas contaba año y medio de edad, fue para él una honda experiencia :

“ . . . cuando papá murió, los gritos, la desesperación de mi madre, la súbita entrada de los vecinos me hicieron percibir claramente el drama de morir. La muerte llegó a mi casa de una vez para siempre . . .”

El espacio fue prontamente sentido, experimentado como una enseñanza de la naturaleza. Fue la lluvia, siempre la lluvia, la gran maestra. Al correr el agua por la calle de tierra, lavaba y dejaba el suelo propicio para dibujar. Alejandro tiene cinco años, ha aprendido el alfabeto en un sólo día. El juego consiste en que su mamá le vaya dictando las letras de su nombre, y con un palito escribe sobre la limpia extensión : A L E J A N D R O : espacio inmenso para un niño de cinco años.

Ahora la lluvia deja pocitos en el suelo, y en ellos se refleja la luna :

“ . . . pasada la lluvia, quedaban charcos donde se reflejaba la luna. Percibía la distancia aterradora que la situaba en el fondo inconmensurable del pozo, y con todo y miedo, saltaba sobre ellos corriendo el riesgo de caerme alguna vez hacia ella. El espacio como inmensidad del cosmos amenazante, dramático . . .”

No es difícil por eso, imaginar luego que un niño con tales vivencias, sumadas a experiencias posteriores como el poema de Neruda que él cita tal como lo recuerda :

“Hago girar mis brazos
como dos aspas locas
en la noche toda ella
de metales azules”.

sea luego el realizador de las Alas Solares, de Delta Solar y tantas otras esculturas que parecieran haber sido hechas para aprovechar elementos del planeta : la tierra, el sol, el viento como parte integrante de ellas en medio del espacio infinito.

El color fue otro gran descubrimiento. Otero nos narra sus experiencias con el color :

“ . . . no me llamaba la atención el color de las cosas. Que una

flor fuera amarilla o azul no me importaba. En cambio, me apasionaba el arco iris o un color pintado: las serpentinas en el carnaval, por ejemplo, que para mí era la fiesta ideal, una celebración del color en el espacio. Se trataba del color físico, contrapuesto al color orgánico o sensual. El color para mí era una realidad en sí . . .”

“ . . . en el cine del pueblo, en su rudimentario escenario a veces se presentaban compañías de variedades o las muchachas montaban veladas. Cuando alguien, una cupletista o un grupo cantaba o representaba algo, iluminaban ese espacio proyectando luz a través de vidrios de color. Cuando el vidrio era azul, todo lo que había en el escenario se tornaba azul, o rojo o amarillo, según el caso, pero con tal unidad e intensidad que aquello no parecía iluminado, sino sumergido en polvo azul, violeta, verde en una sonoridad que jamás olvidé . . .”

“ las cosas llegaron a su colmo con esta experiencia en la que me recuerdo como si al vivirla me observaba al mismo tiempo a mi mismo, desde afuera (lo que, por cierto, es una constante en mí: rara vez me desprendo de un otro yo mismo que me observa en toda circunstancia o situación): cuando tenía alrededor de seis o siete años, llegó a las puertas de nuestra casa una tía de la que nunca había oído hablar. Llegó al atardecer, acompañada de un señor (aparentemente su esposo), envueltos los dos en largas cobijas de montar y cubiertos por grandes sombreros alones. Eran mineros y llegaban con una carga apreciable de pepitas de oro y de diamantes.

Se establecieron en el pueblo, donde alquilaron la casa tal vez más importante: una casa de balcón pintada de blanco y azul.

Muchas cosas cambiaron para nosotros con la llegada de esos tíos y del negocio de víveres que abrieron en la planta de la casa, pero el hallazgo, para mí, fue aquel azul, que estaba en todas partes, por dentro y por fuera: los zócalos, las puertas, las vigas, los pilares, todo eso estaba pintado de un azul que no sabría describir, pero que me ató a su fascinación por años. Pasadas la infancia, traté de reencontrarlo y hasta reinventarlo en mi trabajo, sin resultado. Lo observaba tratando de consumirlo, me regocijaba y zambullía en él, atendía a su llamado constante. Lo cuidé para mí como si lo encarnara, en el secreto más apasionado. Una parte importante de mí está hecha de ese azul . . .”

El artista continúa refiriéndose a su obra y a las vivencias que han repercutido en ella:

“ . . . son mis referencias, y creo que son muy claras, constituyen los elementos de mi trabajo, forman parte de mi temática . . .”

“... los reflejos también tienen su historia en mí, he encontrado sus rastros... pero no los he usado voluntariamente... llegan solos...”

Elementos de esas vivencias son fáciles de detectar en la obra de Alejandro Otero, en sus esculturas. Hay una de ellas, un proyecto que él llamó Upata, cuyo origen está en esas viviendas indígenas, en esas construcciones esquemáticas con palos y palma que se hallan al borde de los caminos, al sur del Orinoco. La obra posee ese mismo esquematismo, está imbuída de ese concepto primario del espacio, pero desde una perspectiva “viviente, significativa, en la que se mezclan las referencias con la voluntad expresiva de las formas...”

Este es Alejandro Otero, el artista que tomó de la naturaleza que lo circundaba los elementos necesarios para hacer su arte. Otero posee un código secreto que le permite transformar sus vivencias en elementos abstractos significantes, válidos por sí mismos. Sus nuevas ideas, su forma diferente de expresión tuvo eco en los jóvenes de esa época (los años posteriores a 1945) quienes, en su propósito de buscar algo nuevo, viajaron a París para formarse y entregarlo también a Venezuela.

Esos jóvenes luchadores, ansiosos de nuevas ideas renovadoras fueron, incluyendo al propio Otero, los fundadores del beligerante grupo que se llamó “Los Disidentes”.